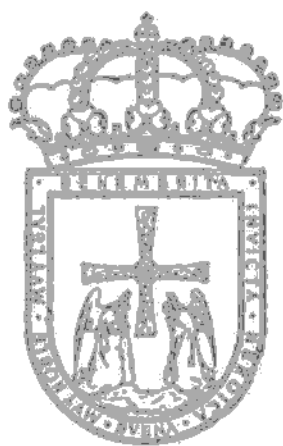


GREGORIO SALVADOR

INCORPORACIONES LEXICAS

EN ESPAÑOL DEL SIGLO XVIII



CUADERNOS DE LA CATEDRA FEIJOO
INSTITUIDA POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE OVIEDO
EN LA UNIVERSIDAD

24

GREGORIO SALVADOR

Incorporaciones léxicas en el
español del siglo XVIII

1973

CUADERNOS DE LA CATEDRA FEIJOO

N.º 24

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

INCORPORACIONES LINGÜÍSTICAS EN EL
ESPAÑOL DEL SIGLO XVIII

Quiero, antes de nada, darles a ustedes las gracias por la amabilidad con que me favorecen y el margen de confianza que me otorgan cuando se han decidido a escuchar una conferencia acogida a un título tan poco sugestivo como éste de “Incorporaciones léxicas en el español del siglo XVIII”. La amabilidad puedo, desde luego, agradecerla; la confianza no sé si la voy a defraudar.

Tarea ingrata, y un tanto desairada, es esta de organizar unos materiales léxicos, una serie de datos de lexicología histórica, en el marco convencional de una conferencia. Y lo es por un sinnúmero de razones.

El léxico se ha venido presentando tradicionalmente, como todos sabemos, de acuerdo con un orden, el llamado orden alfabético. Y el orden alfabético es, sin duda, un orden práctico, pero un puro desorden científico. Bien es verdad que en tiempos más recientes se introdujeron otros modos de organizar el vocabulario. Los diccionarios de sinónimos y los diccionarios ideológicos establecían agrupaciones or-

ganizadas desde el plano del contenido y no desde la mera coincidencia segmental —a veces ni siquiera fónica sino meramente ortográfica— de los significantes. Indudablemente el paso era importante en la línea de una verdadera sistematización del léxico. Si luego se produjo un estancamiento, que prácticamente llega hasta nuestros días, y sólo en los tres o cuatro últimos años * parece que se han dado pasos decididos y decisivos en la búsqueda de esa sistematización, era porque el común de los lingüistas estaba —y sigue estando— convencido de que el vocabulario constituye una especie de inacabable monstruo de cien mil cabezas contra el que se estrella, inevitablemente, todo intento sistematizador. Hasta los más esforzados estructuralistas lo creían a su pesar. No hay más que hojear las Actas del VIII Congreso Internacional de Lingüistas, el celebrado en Oslo en 1958, para darse cuenta de ello. Decía allí Coseriu: “el sistema léxico, si existe como tal, debe ser un sistema perpetuamente abierto, un sistema infinito. No sólo empíricamente infinito sino teóricamente infinito, es decir infinito por definición. El lenguaje es una actividad libre y el objeto de una actividad libre no puede jamás estar enteramente dado”¹.

Si a pesar de todo hay lingüistas actualmente empeñados en ponerle puertas al campo —y uno de ellos es el mismo Coseriu— se debe más que nada, como es bien sabido, a los avances de la técnica, a la existencia de máquinas de traducir que necesitan ser programadas, a los milagros de la Cibernética, que por un lado exige de los lingüistas una sistematización del léxico lo más aproxima-

* El presente texto corresponde a una conferencia pronunciada en la Cátedra Feijoo en la primavera de 1967. La fecha es necesaria para entender algunas alusiones.

(1) *Proceedings of the Eighth International Congress of Linguists*, Oslo, 1958, pág. 697

da posible, sin lamentaciones teóricas ni desenfocadas ansias de perfección, y por otro lado les presta sólida ayuda, con la celeridad y precisión de sus computadores, en los recuentos de vocabulario y en su estudio estadístico, que viene a ser, por lo menos, un procedimiento de medirle las cabezas al monstruo ese de que antes hablábamos y no confundirlas con simples lobanillos.

De todos modos la cosa sigue siendo bastante difícil. Y más difícil todavía cuando se trata de estudiar el léxico en una perspectiva histórica.

Sí. Lo de la perspectiva histórica merece párrafo aparte. Porque, ¿en qué ha venido consistiendo la historia de la lengua? Primero, y antes que nada, en Fonética histórica, en Morfología histórica. La Fonética histórica se está logrando sistematizarla y convertirla en Fonología diacrónica, la Morfología ha sido siempre estructural. Pero ¿qué ocurre con el léxico? ¿En qué sentido el léxico ha sido objeto de preocupación histórica? La preocupación por el léxico ha sido esencialmente una preocupación etimológica. Lo que sabemos de las palabras, cuando lo sabemos, es su raíz, es su origen, es esta o aquella cuestión en torno a su procedencia, en torno a la evolución de su significante, alguna vez —rara vez— en torno también a la evolución de su significado. A la etimología se llegaba por la fonética histórica y las palabras no eran otra cosa que ejemplamos por caso, saber qué es lo que ocurre con el grupo PL— inicial latino. Para demostrarlo lo mismo daba *llano* que *lluvia* que *llantén*. Si luego *resultaba* que *llantén* era aquí *llantén*, pero más allá *lanter* y en tal otro sitio *rabocordero*, había nacido la Geografía lingüística y ya podíamos decir que cada palabra tiene su historia.

Efectivamente cada palabra tiene su historia. Pero lo que ya no está tan claro es que la suma de esas historias de las palabras de la lengua nos dé como resultado la

historia de la lengua. Por lo menos, así sin más. Y mientras tanto, seguimos ignorando a fondo la lengua de cada siglo, y qué es lo que ha aportado realmente cada siglo a la lengua. Sabemos cosas, pero bastante vagas. Conocemos las ideas lingüísticas del siglo XVIII, por ejemplo; sabemos del afán, del entusiasmo con que se han entregado en ese siglo a la recopilación del léxico, a precisar los matices significativos de las palabras, a remozar el vocabulario heredado, aceptando numerosos préstamos, variados neologismos. Pero, ¿sabemos realmente cuáles son esas incorporaciones léxicas, en qué cuantía y con qué intensidad el siglo XVIII ha contribuido a la formación del español que hoy hablamos? Creo que no. Y creo además que no lo sabemos ni del siglo XVIII ni de ningún otro siglo. Hace un año, poco más o menos, yo me vi obligado, involuntariamente obligado, a hacer barto de mis conocimientos —y de los conocimientos de los demás— sobre un tema que se enunciaba así: “Arcaísmos y neologismos en la poesía romántica”. Mis conocimientos eran poco menos que cero. Y los de los demás no aparecían por ninguna parte. Nadie había escrito sobre el tema más allá de una docena de líneas inconexas. No había otro remedio, pues, que enfrentarse con la poesía romántica y descubrir esos arcaísmos y neologismos. Pues bien, lo de descubrir esos arcaísmos no resultaba difícil del todo; los había bastante ostentosos. Pero con los neologismos la cosa era más grave. ¿Cómo saber que una palabra es neologismo en un texto del siglo XIX, o del siglo XVIII, o de cualquier siglo? Uno lee *átomo* en Bécquer, y piensa: “Este sí, este es un neologismo”. Y no, no lo es; *átomo* es una palabra que ya usaba en el siglo XIV el Infante D. Juan Manuel. En cambio pasa sobre *cereal* o *acordeón*, en textos del XIX, sin imaginar que son palabras recién incorporadas a la lengua de entonces.

Me hice en aquella ocasión el propósito de organizar de otro modo mis conocimientos lingüísticos, de establecer, aunque sólo fuera para mi uso particular y para cubrir mis necesidades de profesor de Historia de la lengua, una estratificación, necesariamente provisional, del vocabulario, según la fecha de incorporación de cada palabra. La tarea es factible, pero pesada; no se trata de una investigación brillante sino de un vulgar trabajo de numeración y contabilidad. Lo he comenzado por el siglo XVIII; los resultados —si es que se pueden llamar resultados— los van a conocer ustedes de inmediato. Y como estas cuestiones de cómputo y de fechas están sometidas a constante revisión y sólo son verdad hasta que demuestre lo contrario, todas las afirmaciones que yo haga a partir de ahora tendrán ustedes que ponerlas en cuarentena. Con esta seguridad, con la seguridad de que ustedes saben que todo esto son aproximaciones, yo ya sigo más tranquilo y hablaré tal vez, a ratos, como si de un dogma se tratara.

Partimos de un inconveniente previo: la inexistencia de un Diccionario histórico completo. Cuando digo completo me refiero a la posibilidad de que estuviera íntegramente publicado; en otro sentido *completo* no es nunca un adjetivo adecuado para un Diccionario histórico. Pero sí tenemos, en cambio, un Diccionario etimológico, el de Corominas, que suple hasta donde puede esa carencia. Decía antes que la suma de las historias de las palabras de la lengua no es la historia de la lengua. Pero la verdad es que esa suma de historias, una suma hecha homogéneamente y de la misma mano, no existe para ninguna lengua del mundo si no es para el español. Gracias a Corominas, ese gigante. Su Diccionario no es —mantengo mi afirmación anterior— una historia de la lengua, pero la historia de la lengua está allí. Lo que hay es que ir a buscarla.

Si se cuentan las palabras cuya aparición fecha Coro-

minas en el siglo XVIII, se obtendrá una cifra muy próxima a 2.000. Digo esto, porque mi pesquisa me ha proporcionado 1.967 palabras —cifra que también es casualidad—, pero supongo que alguna que otra se me habrá escapado.

Las palabras que Corominas fecha en el siglo XVIII proceden fundamentalmente de cuatro fuentes: Una es el Diccionario de Autoridades. Se trata del primer diccionario académico, como es sabido. Se publicaron sus seis tomos entre 1726 y 1739. Es una obra que todavía hoy admira y que en ciertos aspectos no ha sido superada. Las palabras se apoyan en la autoridad de los buenos escritores pretéritos que las han usado. Pero en bastantes casos sólo pueden ser apoyadas en autores contemporáneos o incluidas sencillamente sin texto que las autorice. La mayor parte de estas voces siguen sin ser documentadas en textos más antiguos. En principio tenemos, pues, que suponer que buena parte de ellas se han incorporado en el XVIII, a lo sumo en las postrimerías del XVII. Para algunas señala el mismo Diccionario su carácter de neologismos, de voces “recientemente introducidas”. En otras, visibles cultismos, latinismos crudamente adaptados, galicismos flagrantes, es fácil darse cuenta de que su antigüedad no puede ser mucha. Pero hay un tercer grupo, no escaso, cuya vida anterior, aunque alejada de los textos, resulta evidente por muchas razones. Sería el caso de *rehendija*, de clara etimología y con venerables cambios fonéticos bien visibles, o el de *colombroño* ‘el que tiene el mismo nombre que otro’, que hace adivinar un *conombroño*, heredero sufijado del latín COGNOMINIS, que significaba lo mismo. Y lo curioso es que el propio Diccionario de Autoridades el que registra el sinónimo *tocayo*, de étimo incierto, que acabaría desplazando a *colombroño* y sepultándolo en el olvido. A no ser que *colombroño* fue-

ra —y siga siendo— simplemente palabra dialectal, como puede hacer suponer la no diptongación del sufijo, y pertenezca, sin localización, a la serie de dialectalismos que nuestro Diccionario recoge, dialectalismos como el aragonés *aluftrar* 'columbrar', el riojano *hijezno* 'pajarillo', el murciano *escarcuñar* 'registrar', el asturiano *apurrrir*, el leonés *banzo*, etc., etc., cuya antigüedad resulta clara desde su propio carácter de voces dialectales. Queda fuera de duda la raigambre medieval de arabismos como *alca-bor*, *alfardón*, *alféizar*, *alhandal*, *almatroque* o *alicates*. Pues bien, éstos, y otros cuya mención les ahorro, se registran por primera vez en el XVIII.

Naturalmente todas estas palabras pertenecen a las 1.967 de mi pesquisa. Lo primero que se ocurre pensar es que habrá que restarlas, con lo cual la cifra de vocablos introducidos en el XVIII vendrá a ser más reducida. Pero como hemos de suponer que habrá otras registradas por primera vez en el XIX o incluso en el XX, cuya incorporación real se produjo en el XVIII, el número a considerar seguirá siendo poco más o menos el mismo. La tarea —que por lo demás yo no puedo emprender aquí— consistirá en darle a cada siglo lo que sea de ese siglo.

La segunda fuente léxica del XVIII es el "Diccionario Castellano con las Voces de Ciencias y Artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana" del Padre jesuita Esteban de Terreros y Pando. Consta de cuatro tomos, publicados entre 1786 y 1793, pero la obra estaba concluida en 1765, antes de la expulsión de la Orden. El Diccionario de Terreros es otra muestra del denodado espíritu científico que alienta en los hombres de ese tiempo. Son los vocabularios profesionales, las "voces de ciencias y artes", como dice en el título, las que atraen la atención del P. Terreros. Y las busca allí donde están, en encuestas directas a los artesanos, en los

propios talleres, con un rigor y una minuciosidad que envidiaría cualquier epígono actual de la escuela de *Wörter und Sachen*. El acopio es enorme y los hallazgos de vocablos antes no documentados numerosos. A muchos de ellos hay que suponerles también oculta y larga vida anterior. Pero abundan, no obstante, los neologismos evidentes. Ahora bien, el valor principal del Terreros para nosotros es el de permitirnos contrastar sus datos con los del Diccionario de Autoridades y señalarnos una serie de vocablos, y no pocas acepciones de otros, cuya floración parece seguro que podemos atribuir a ese cuarto de siglo que separa ambos trabajos.

Ese mismo contraste, en bastante menor escala, lo ofrece la tercera fuente utilizada por Corominas, la segunda edición del Diccionario académico, la de 1783.

La cuarta fuente son los propios escritores de la época. Hay palabras que no se registran aún en los diccionarios, pero que se documentan en los textos. Parece obligado mencionar aquí hoy las que entran por el camino de la prosa feijoniana. Son éstas: *ácaro*, *abstruso*, *achulado*, *adicto*, *embrollar*, *sensación* y *sensibilidad*. De las dos últimas hablaré aún.

Más numerosa es la serie aportada por Jovellanos: *agote* (los agotes allá estaban en su valle pirenaico desde muchos siglos atrás, pero nadie había escrito su nombre), *amortizar*, *asequible*, *cabotaje*, *deferencia*, *didáctico*, *flósculo*, *frumentario*, *gramíneo*, *hiato*, *mamarracho* (lo que existía, hasta el XVII, era *moharracho*), *quisquilloso* y *talud*.

En todas estas referencias léxicas que les estoy dando lo que se advierte —y se advierte muy claramente— es ese caos, ese desorden alfabético del que hablaba al principio. Acabamos de mencionar palabras como *asequible* o *mamarracho*, al fin y al cabo bien conocidas y usuales,

junto a términos como *flósculo* o *frumentario*, que no todo el mundo sabe lo que quieren decir.

Ustedes se preguntarán ya, a estas alturas de la conferencia, si mi intención consiste en irles lanzando retahílas de palabras, ensartadas en un leve hilo anecdótico, hasta completar las 1.967 que les dije.

Y quiero tranquilizarles a este respecto. Lo que hice con esas 1.967 palabras, una vez que las tuve todas juntas y delante, fue someterlas a una criba, luego a otra. De estas cribas quiero hablarles. Y de lo que finalmente ha quedado en el harnero.

Uno, que es decidido partidario de la experimentación lingüística, que considera que una lengua viene a ser algo así como una suma de idiolectos y que tiene más fe en los discretos hablantes que en los interminables diccionarios, pensó que lo mejor era someter las 1.967 palabras a juicio personal. Y como no tenía a mano otro sujeto a quien hacerle encuesta, opté por hacérmela a mí mismo. Tampoco se trataba de buscar un analfabeto sino un conocedor, al menos pasable, de lo que llamamos español culto. Y pensé que yo servía. La prueba era bien fácil. Consistía en contar, con franqueza, sin intentar engañarse, cuántas palabras de esas 1.967 me eran absolutamente desconocidas, ignoraba su significado. Y como parece que hay que decirlo todo, les comunicaré cuántas salieron en el cómputo, aunque la cifra es como para bajar de una vez todos mis posibles humos de lingüista: 682.

Ustedes dirán que qué clase de ignorante soy yo, que cómo me atrevo a hablar de vocabulario y que tal vez sea verdad todo eso que dicen ahora de la Universidad española, cuando un catedrático de Historia de la Lengua desconoce el 35% de una amplia y variada muestra de su vocabulario. Tendré que disculparme y tratar de atenuar

ese juicio, presentándoles un breve muestreo de esas palabras desconocidas.

Yo sé, digamos desde la niñez, lo que es una *pantorri-lla*, pero ignoraba que se le pudiera llamar también *sura*. Como ignoraba que *religionario* fuese sinónimo de *protestante*. Y que el *sudor*, que ya soporta uno bastante oírlo llamar *transpiración*, tuviese desde mediados del XVIII el nombre de *diaforesis*. No sabía que el *yunque* de platero se llamara *tas*², *filadiz* a la seda que se saca del capullo roto, *hipomoclio* el punto de apoyo de la palanca, *fuéllar* al talco de colores con que se adornan las velas rizadas. Aunque he vivido bastante tiempo en una pequeña ciudad episcopal desconocía que *reclé* es el 'tiempo que se permite a los prebendados no asistir a coro, para su descanso y recreación'; más justificable resulta, dada mi absoluta desconexión con la cetrería, que ignorara la voz *prima* para designar al halcón hembra. *Meliloto* suena vagamente a nombre de *planta*, y efectivamente lo es, pero desde el siglo XVIII significa también 'insensato y abobado'. Y nombre de planta herbácea es *cañacoro*, voz en la que uno todo lo más que acierta a imaginar es una solución decorosa al conocido trabalenguas. Ni siquiera sabía que un diminutivo de mi propio nombre, *gregorillo*, designaba 'la prenda de lienzo con que las mujeres se cubrían cuello, pechos y espalda'. O que *fraustina* es 'la cabeza de madera en que se suelen *erezer* las tocás y moños de las mujeres', es decir, un maniquí de pelucas. Y a pesar de mi experiencia como encuestador dialectal y etnográfico, fallé incluso en *atifle* 'utensilio de barro, a manera de trébedes, que ponen los alfareros en el horno, entre pieza y pieza, para evitar que se peguen al cocerse'.

(2) Nunca he sido crucigramista; parece que los aficionados a resolver crucigramas sí conocen esta palabra, que se repite en ellos con frecuencia.

Para mi descargo diré que sabía otras que tal vez no resulten frecuentes: sabía que *aletría* son los fideos, que *cagarrache* es el mozo de almazara, que *guadapero* es el encargado de llevarle la comida a los segadores.

Para mi descargo diré también que, haciendo un esfuerzo, etimológico algunas veces, fácilmente deductivo otras, logré averiguar la significación, precisa o aproximada, de 60 palabras de las 682 desconocidas. Aunque realmente no tiene mucho mérito suponer que *conejal* debe significar 'vivar de conejos', o que *putaísmo* o *putanismo*, que de ambos modos puede decirse, según el Diccionario de Autoridades es 'el conjunto o profesión de las mujeres perdidas', o adivinar lo que puede significar *zampabodigos*, o lo que quiere decir *casateniente*. Esta última palabra es pena que no se difunda más, haciendo par con *terrateniente*, aunque la significación que da el actual Diccionario académico es la de 'el que tenía casa en un pueblo y era cabeza de familia', es decir, un elector.

De todos modos, la cifra de vocablos conocidos, aún sin contar esos sesenta, resultaba ser de 1.285, demasiados para tomarlos todos en consideración. En realidad esa primera labor había sido estrictamente de criba, hablando con absoluta propiedad. Se había dejado pasar grano, tierra y menudencias y lo habíamos limpiado de granzas y pedruscos. La segunda tarea, como en la cosecha, tendrá que ser la de ahechar ese todavía crecido resto y quedarnos con el puro grano.

El procedimiento ha consistido en buscar esas 1.285 voces en el *Frequency Dictionary of Spanish Words* de Alphonse Juilland y Eduardo Chang-Rodríguez. Como es bien sabido, se trata del más reciente e importante diccionario de frecuencias del español contemporáneo. Realizado en los Estados Unidos, utilizando computadores electrónicos, se ha considerado un corpus de medio millón de

palabras, repartidas en cinco campos: teatro, novela, ensayo, periódicos y estudios técnicos, a cien mil palabras cada campo. Se ha contado la aparición de cada palabra en ese corpus, lo que da su índice de frecuencia y, por medio de una fórmula matemática, según la distribución de esas apariciones en cada campo, se ha obtenido el llamado coeficiente de dispersión. La relación entre la frecuencia absoluta y el coeficiente de dispersión proporciona el índice de uso, que se obtiene por medio de una nueva fórmula. Las palabras con frecuencia mínima de cinco, es decir, las que tienen la posibilidad de aparecer al menos una vez cada cien mil palabras de texto, son 5.024 y son las que recoge el Diccionario. Cualquiera que haya echado una ojeada a esta obra, se habrá podido dar cuenta de que la selección responde bastante bien, dado el tipo de textos utilizados, al español escrito, al español culto de nuestro tiempo. Usar, pues, de harnero este vocabulario, para seleccionar definitivamente las palabras del XVIII que, de verdad, configuran y mueven nuestro pensamiento de hombres del siglo XX, me parecía que era el procedimiento oportuno y el que realmente me iba a situar en un terreno serio y firme, sacándome de ese indiscriminado mar léxico en que aún me hallaba. Se reduciría el anecdotario, pero tendríamos al menos una lista de palabras, que tal vez nos pudiera decir mucho, sin más disquisiciones, acerca de la verdadera herencia que el siglo de las luces nos dejó.

Pues bien, esa lista es de 117 palabras. Han sido 117 palabras las que aquel siglo nos legó y que están hoy entre las 5.024 de mayor índice de uso; preciso más, no entre las 5.024: la última de la serie es *botella* y ocupa el lugar 4.850 en la relación de Juilland y Chang-Rodríguez.

La primera, la de índice de frecuencia más elevado,

124 apariciones en el medio millón de palabras, con un coeficiente de uso de 73,33, que ocupa el lugar 386 según el coeficiente de uso en la lista general, el 353 según el índice de frecuencia, es el adjetivo *social*. Aunque pudiera pensarse en un cultismo latino, adaptación de *socialis*, la voz debió entrar desde el francés donde se popularizó a partir de 1761 gracias al *Contrat Social* de Rousseau. Poco después la registra ya Terreros, pero se ve que al buen jesuita el vocablo le escuece, porque tras definir “cosa de compañía” añade esta especie de “vade retro”: “Puédese decir en castellano hablando de la guerra de los romanos que se llamó *social* y empezó el año de Roma 661, arruinando por casi todo el mundo conocido las virtudes empezaron contra él los compañeros mismos del pueblo romano”. Como habrán observado, el mismo demonio que anatematiza se le cuela en el texto y habla de “virtudes sociales”. Y pese a ese desesperado esfuerzo por relegarla a la terminología histórica, al arqueológico pasado, ahí la tienen ustedes, tan pimpante.

La segunda palabra de la serie es *realizar*, la 464 de la lista de Juilland y Chang, de acuerdo con su uso, con un total de 88 apariciones en el *corpus*. Su filiación dieciochesca no ofrece dudas. En Autoridades no aparece, y Terreros que la define con precisión “hacer real y efectiva alguna cosa”, afirma que, no obstante no ser común, “la usan algunos y no deja de ser conveniente y expresiva”.

La tercera voz es *sistema*, con 86 apariciones. Es de principios de aquel siglo y la recoge el Diccionario de Autoridades, sin referencia y con ortografía de neologismo: y griega y *th*.

Tendríamos que seguir todas estas palabras en su a veces lenta, a veces rápida difusión, pero ni sería ocasión ahora ni tenemos los materiales necesarios para esa persecución. En realidad, la lista que quiero presentar es más

que nada una invitación a la búsqueda de esos materiales y a la elaboración de esa historia.

Dentro del primer millar de vocablos de más uso se hallan aún seis más procedentes del XVIII. Son *jefe*, *reunir*, *régimen*, *sorprender*, *base* y *éxito*. Los seis están en el Diccionario de Autoridades, sin referencia. *Régimen* la incluye como “voz puramente latina”. *Base* es sólo entonces un neologismo geométrico. Sus valores figurados parecen pertenecer todavía a *basa*, que no es sólo la de la columna, sino que “se toma por fundamento y principio de alguna cosa”, sentido traslaticio que se autoriza con un texto de la Historia de Solís: “Por ser la conservación de aquella retirada una de las basas principales sobre que se había de fundar el mero edificio de que se trataba.” Pero Terreros ya ni siquiera define *basa*, sino que envía a *base*, donde incluye la basa de columna, el tecnicismo geométrico y su extendido uso en Fortificación, Medición, Anatomía, Botánica, Trigonometría, Relojería, Música, Pintura, etc., es decir, prácticamente la variada gama de su utilización actual. En cuanto a *éxito* ya aparece con su rasgo semántico, hoy esencial, de valoración positiva, según se desprende de su explicación en Autoridades, aunque a lo largo del XVIII la cosa no debió estar tan clara, porque Moratín habló en una ocasión de “éxito infeliz”.

Las voces pertenecientes al segundo millar son 22: *sensación*, *plano*, *peseta*, *viajar*, *paisaje*, *técnico*, *fenómeno*, *tendencia*, *programa*, *regresar*, *simpático*, *hipótesis*, *reunión*, *expresivo*, *documento*, *definitivo*, *destacar*, *típico*, *idéntico*, *crisis*, *ruta* e *instalar*.

Haré algunas observaciones sobre ellas. *Sensación*, como ya vimos, la introduce el P. Feijoo, *plano* aparece inicialmente como cultismo geométrico, pero inicia su auge en seguida, y en cuanto a *peseta* “es voz modernamente introducida”, según el Diccionario de Autoridades, que la

define como "la pieza que vale dos reales de plata de moneda provincial, formada en figura redonda". Mal principio éste de las pesetas a dos reales, pero la verdad es que, la palabra vino a poner, si no orden económico, por lo menos orden lingüístico, eliminando toda aquella larga serie de doblones, escudos, ducados, blancas y maravedíes de los siglos anteriores, cuyas equivalencias nunca acabamos de entender, aparte de que alguna de esas monedas, como el maravedí, llegó a tener incluso valores imaginarios, lingüísticamente hablando, se entiende.

Es curioso que existiendo *viaje* desde la Edad Media —se documenta en el Libro de Buen Amor— y pese a ser hasta el XVII sinónimo menos frecuente del usual *jornada* (*hacer jornada* que dicen los clásicos), no aparezca hasta el XVIII su derivado *viajar*. Pero así es, mientras no se diga otra cosa.

Paisaje aparece por primera vez en el "Museo pictórico" de Palomino, en 1708 y Autoridades lo define, con ruda y sabrosa exactitud, como "pedazo de país en la pintura".

Técnico no se registra hasta Terreros y, según él, "dícese de los versos artificiosos en que, para auxilio de la memoria, se ponen los términos de las artes, ciencias o facultades", aunque añade que también se usa "por el que enseña los principios de las artes y ciencias, y por el que escribe sus preceptos", lo que ya es un paso muy notable hacia su actual perfil semántico.

Programa está en Autoridades como grecismo que significa "la dicción o dicciones que se destinan, para que trastrocando sus letras, se formen otra u otras, que es la anagrama". Y no resulta claro si dentro del XVIII ha ido adquiriendo ya algunos de sus valores actuales.

Regresar se presenta en el mismo Diccionario como "volver a entrar en posesión del beneficio el que le había

resignado" o "resignar el beneficio en favor de otro" o, por extensión, "entregar la propia voluntad o libertad al arbitrio ajeno". Pero ^{este} añade ya su valor actual, el que le da su alto índice de frecuencia en el español de hoy: "volver a algún lugar".

Hay una de esas palabras que he mencionado, *documento*, que como está incluso en el título de una obra medieval, se habrán preguntado ustedes a santo de qué la atribuyo al XVIII. En este caso no es la palabra propiamente sino la nueva acepción, la que nosotros usamos, la que es dieciochesca, pues aparece en el Diccionario de Terreros. Hasta entonces, incluido el de Autoridades, sólo se conocía el viejo sentido de 'enseñanza o consejo'.

Para Autoridades *definitivo*, que explica con exactitud, era un término muy usado, sobre todo en lenguaje forense, y término exclusivamente forense *instalar*. *Destacar*, voz recién tomada del francés *détacher*, sólo se utilizaba en su acepción militar. A *crisis* le daba ese Diccionario un sentido análogo al que hoy correspondería a *crítica*, y sólo en Terreros aparecen ya las acepciones actuales, por lo menos en lo que se refiere a la enfermedad y los negocios.

Rota lo presenta Autoridades como neologismo y se trata de un galicismo evidente, pero vino a resolver el problema semántico de la doble y muy diversa acepción con que se usaban los antiguos y castizos *rota* y *derrota*.

En el tercer millar de Juillard y Chang encontramos 33 palabras dieciochescas: *arreglar*, *plantar*, *suprimir*, *informe* (el sustantivo, no el adjetivo), *reproducir*, *arreglo*, *aproximar*, *cuartel* (en su acepción militar), *disfrutar* (*disfrutar* empezó diciéndose), *completar*, *entusiasta*, *reflexión*, *foco*, *fila*, *inicial*, *té*, *musulmán*, *reflejar*, *pintoresco*, *garantía*, *germen*, *transmitir*, *sensibilidad*, *síntesis*, *analizar*, *resaltar*, *intuición*, *gigantesco*, *reponer*, *estadística*, *eléctrico*, *heroísmo* y *espectro*.

Me parece que la simple enumeración, como las anteriores, ya resulta ilustradora. No es al mundo de lo concreto al que apuntan (sólo *té*, infusión de cuyas virtudes hace una entusiástica descripción el Diccionario de Autoridades), sino al mundo de las abstracciones y del conocimiento científico que se inicia. Algún término como *espectro*, que aquellos lexicógrafos definirán tan sólo como visión o imagen fantástica y fantasmagórica, aparición ultraterrena, será por el camino científico por el que haga fortuna.

Es curioso que debamos al siglo XVIII un vocablo como *musulmán*, que en definitiva un galicismo, tomado a su vez del persa. Cervantes había utilizado, sin embargo, *mosolimán*, y Berceo habla algunas veces de *la muzlemía* 'la gente mora'. Al P. Terreros la palabra no le gusta, porque dice ser "título que toman los mahometanos abusivamente, atribuyéndose a sí mismos el significado que es: verdadero creyente, ortodoxo".

De poco uso era aún para este autor *estadística*, que por lo demás sólo registra en su valor adjetivo, pero el sustantivo lo utiliza ya Capmany en 1776.

Reflejar de hecho no se documenta en el XVIII. El neologismo que registran los diccionarios del siglo con ese valor es *reflectir*, pero debía estarse ya fraguando su sustitución por *reflejar*, porque esta forma es la que recoge como principal la Academia en su primera edición del XIX.

Inicial tampoco aparece en el XVIII, si no es en su acepción de 'letra con que empiezan las palabras' y Terreros, incluso, la señala como término de impresores. *Germen* aparece como tecnicismo botánico en la *Flora española* de Quer, *intuición* como término teológico en Autoridades, *completar* como voz usada en Contaduría y Aritmética, *síntesis* como tecnicismo matemático y filosófico, apoyado con cita del *Compendio matemático* del P. Tomás

Vicente Tosca, escrito a principios de siglo. Sin embargo Terreros amplía ya su uso a la Cirugía, la Farmacia y la Gramática. *Fila* empezó siendo un préstamo francés al vocabulario militar.

Héroe es palabra que se remonta al siglo XV y desde luego se hizo frecuente hacia fines del XVI, pero *heroísmo* es derivación dieciochesca, que aparece por primera vez en el Terreros y que ni siquiera la Academia recoge hasta el XIX. Y tal vez lo más interesante es que Terreros no define el heroísmo poniendo el acento en las hazañas bélicas sino como "grandeza de alma, sobre la virtud ordinaria del hombre, esfuerzo, excelencia en el valor, disposición del alma para obrar de un modo generoso, constante y firme".

De todos modos ya habrán observado que muchas de las palabras nacidas en aquel siglo son simplemente derivados, afortunadas derivaciones de voces más o menos tradicionales y de historia pretérita más o menos lejana. Y sobre esta cuestión de los derivados quiero señalarles un hecho que me ha llamado la atención, y es el extraordinario número de ellos que se producen mediante la simple prefijación con *re*. Bastantes hay incluso en esta lista seleccionada que les estoy dando; la cifra naturalmente se multiplica si nos atenemos al recuento inicial de 1.967 palabras. Creo que es un dato interesante y acaso no sólo desde el plano estructural de la expresión, sino en cuanto afecta a un cierto orden semántico. Pero no puedo ya extenderme en ello, ni extenderme en nada, porque el tiempo se nos va.

Las voces localizadas en el cuarto millar son 27: *pasillo*, *meseta*, *club*, *referente*, *reflexionar*, *obsesión*, *vasto* (*vasto* con *v*, es decir 'dilatado, extenso'), *fusil*, *operar*, *expansión*, *guapo* (ésta en su acepción actual de 'hermoso', que aparece en Moratín, no en la de 'animoso, vale-

roso', que era más antigua y la que registra Autoridades), *bienestar* (que también aparece en Moratín por primera vez), *provinciano*, *responsable*, *vértigo*, *psicología*, *pantalón*, *gabinete*, *gestación*, *transeúnte*, *rectificar*, *mediocre*, *vestíbulo*, *lente*, *estúpido* y *vibración*.

Algunas aclaraciones sobre esta serie. La voz tradicional para el significado 'meseta' era *mesa*, y es la única que registra Autoridades. En Terreros aparece, por primera vez, *meseta*, pero sólo como la de las escaleras. Cuando se empezó a tener conciencia geográfica, el derivado vino a resolver un problema de necesaria distinción, aunque *mesa* sigue viva en hablas rurales.

Club, este anglicismo tan afortunado, lo era flagrante para Terreros, que dice: "llaman (así) en Inglaterra a lo que en Madrid tertulia o junta de personas de gusto".

Obsesión está en Autoridades, sin cita de apoyo. El sentido con que lo da viene a ser el actual, aunque interpretado teológicamente, como corresponde a su tiempo: "Asistencia de los espíritus malignos alrededor de alguna persona, a diferencia de cuando están dentro del cuerpo, que se llama posesión".

Operar aparece en Autoridades como tecnicismo médico —y no en el sentido actual—. Donde empiezan a dibujarse todas sus posibilidades y su dispersión semántica profesional es en la definición de Terreros. En cambio *expansión*, para este autor, es solamente todavía un tecnicismo de la Física.

En el mismo Diccionario surge el adjetivo *provinciano*, pero nada más que como estricto sinónimo de *provincial*. Ahora bien, la cuestión de los sinónimos era algo que empezaba a debatirse, como es bien sabido, y aún tenía que aparecer, dentro del mismo siglo, el asombroso *Examen de la posibilidad de fijar la significación de los sinónimos de la lengua castellana* de D. José López de

Huerta, hombre de mente clara, que viene a resultar algo así como un precursor de la Semántica estructural. Pero es otro tema éste en el que tampoco podemos entrar ahora.

No sé si una de las palabras antes enumeradas, *gestación*, estará bien incluida aquí. Y no lo sé, porque si bien Corominas la da como del XVIII, sin entrar en distingos, y si bien es verdad que la registra Terreros, es sólo como término, dice, de la medicina antigua, y explica: "era un remedio destinado para recuperar las fuerzas, cuando ya había faltado la calentura, y consistía en ir el enfermo a pasearse en un carro, o barco, o a lo menos mecerle en la cama".

Vestíbulo lo define polimórficamente Terreros como "atrio, soportal, patio, pórtico, portal". En el Diccionario de Autoridades sólo se incluye la voz tradicional *zaguán*, y como equivalencia latina de ella *vestibulum*. Habría que preguntarse por qué esa pieza de entrada a la casa, hoy desdichadamente *jol*, y hasta leído *hall*, es tan proclive al cambio onomasiológico.

Estúpido, aunque aparece usado una vez en la "Luz de verdades católicas" del P. Juan Martínez de la Parra, en 1691, era voz latina y de poco uso para el Diccionario de Autoridades. Su frecuencia debió crecer como la espuma —cosa nada extraña, pues siempre hay que estar echando mano a nuevos términos para expresar la poca consideración que nos suele merecer la inteligencia del prójimo—; el caso es que a Terreros el vocablo le resulta normal, e incluso se ha reproducido, pues a su lado aparece el derivado *estupidez*.

Las 26 palabras restantes —y creo que sale la cuenta le 117— son : *colosal, explosión, recortar, polémica, recepción, electricidad, penumbra, concretar, municipal, espartillo, sorbano, suicidio, fermento, secundario, sobresalir, maniobra, revisión, revolotear, borroso, reproducción, timi-*

dez (tímido si se lee en el Siglo de Oro, por lo menos desde Fray Antonio de Guevara), *selección*, *fluir*, *folleto*, *farmacia* y *botella*, que ya antes mencioné.

La historia de *explosión* es curiosa. Fue uno de los galicismos más discutidos. Moratín lo usó abiertamente, pero Capmany, en línea purista, patrocinaba el castellano *desahogo*. Afortunadamente se impuso el extranjerismo. No sé cómo hubiera sonado lo del *desahogo de Hiroshima*.

También interesa la historia de *polémica*. Para el Diccionario de Autoridades es "el arte que enseña los ardidés con que se debe ofender y defender cualquier plaza", es decir el arte militar, lo que desde el siglo XIX llamamos *estrategia*. Para Terreros, aunque no ignora este valor, el adjetivo *polémico* o *polémica* "se dice del libro o cuestión en que los autores escriben unos contra otros, criticándose mutuamente o disputándose alguna cosa; y en una palabra, los libros polémicos son las guerras de los sabios". Afortunada época aquella en que la estrategia pudo convertirse en polémica, en que los sabios pudieron dejar sin voz a los guerreros para designar su propio arte. Por poco tiempo, desde luego. Con Napoleón habría otra vez bautizo, y el nuevo nombre *estrategia* ha llegado hasta el periódico de esta mañana.

Esporádicas empezaron por llamar los médicos a las enfermedades no epidémicas, según nos informa Terreros. Desde ahí el adjetivo inició su casi epidémica floración de usos científicos y ya sólo lo superan en índice de utilización 4.360 palabras del idioma.

El origen de *corbata* anda explicado en todos los manuales de Semántica, en el apartado de las generalizaciones históricas. Los soldados croatas que intervinieron en la Guerra de los Treinta años usaban como adorno o distintivo un cierto lazo anudado que les rodeaba el cue-

llo y caía sobre el pecho. Gustó en Francia el tocado y se adoptó, especializando el gentilicio. La moda cruza luego fronteras y la palabra también. En España se documenta por primera vez en una ordenanza militar de 1704: "Y para mayor alivio de los Capitanes a asistencia de los Soldados, se darán de mi cuenta a cada Sargento, Cabos de Escuadra, Soldados y Tambores dos pares de zapatos al año, un par de medias, un sombrero, una camisa y dos corbatas". El Diccionario de Autoridades la describe de modo idéntico a como pudiéramos hacerlo hoy, sin otra discrepancia con respeto a las actuales que la observación de que lo más común es que sean de color lila. Sin embargo —y no sé si por el color— la moda sufrió a continuación un bache. Se desprende ello de lo que dice el P. Terreros, que desde luego la conoce y hasta la explica en latín, ya que no tiene en aquella lengua palabra equivalente: "*Caesítium circumvolutum collo, et nodo sub mento constrictum*". Pero sin embargo habla de que es una prenda que "se ponían los hombres", y añade: "esta moda dura en algunas aldeas". Desconozco cómo devolvieron los aldeanos ese dogal a la urbe, pero con él andamos, al parecer sin remedio.

Y vamos a ir dejando esto ya. Ustedes empezarán a estar hartos de tantas palabras y palabras, de tanta, digamos, palabrería.

Pero tampoco podemos olvidar que con las palabras ordenamos el mundo, hacemos patente la realidad. Sin palabras no hay verdadero conocimiento y esas listas de palabras dieciochescas algo nos dicen de la aportación del XVIII a la cultura. Podríamos decir que no es de palabras, finalmente, de lo que hemos tratado, sino de nuevas realidades, de sutiles reajustes en la ordenación del saber, del descubrimiento de ignoradas parcelas del consistir humano. Y nuestra visión del mundo, nuestra cosmovisión

como se dice ahora, depende en gran parte de esa aportación léxica del siglo XVIII.

Volvamos, aunque sea brevemente, a los números. El total de apariciones de esas 117 palabras en el *corpus* de medio millón es de 2.407. Quitemos ceros. En cada cinco mil palabras de texto castellano moderno —y la mitad de esas cinco mil palabras son preposiciones, artículos, pronombres, voces de significado gramatical, no léxico— encontraremos 24 veces alguno de esos vocablos que hemos visto, es decir 24 veces el cauce de nuestro discurrir, de nuestra comprensión, será dirigido, será desviado, se verá remansado por unas compuertas, digámoslo metafóricamente, por unos signos plantados ahí ahora en el texto, pero sembrados y cultivados en la lengua por aquellos hombres del XVIII: por Feijoo, por Jovellanos, por Capmany, por Moratín.

Reflexionemos sobre es. 117 palabras (y *reflexionar* es precisamente una de ellas). Cualquiera, la que parezca más inocente, está configurando, insensiblemente, nuestro entorno. Hasta esas pocas que designan cosas materiales. Pensemos en la *corbata*, de que hablábamos. Es duda de toda la serie la más convencional, la más accidental, una simple y caprichosa casualidad histórica. Pues bien, todos sabemos que en algún momento hasta de la corbata se ha llegado a hacer bandera, bandera además de ese *bienestar* que apadrinó Moratín, y que encontró muy pronto, en la primera mitad del siglo XIX, un *malestar* al que enfrentarse, *malestar social*, porque el adjetivo ya lo había alumbrado el XVIII.

Meditemos en todo lo que ha representado para el mundo moderno esa segregación semántica que el lexema *realizar* efectúa en el campo de significación de *crear*; separa el efectivo hacer humano del hacer divino o divinizado y, aislando el nuevo sentido de posibles connota-

ciones taumatúrgicas, pone efectivamente al hombre en una hacendeda línea de progreso. He aquí otra palabra, *progreso*, que merecía ser del XVIII y que en el XVIII desde luego florece y prolifera; pero la voz la había usado ya en el XVII el Conde de Villamediana.

Y esta mención del Conde de Villamediana nos sugiere casi inevitablemente el recuerdo de su muerte dramática, en 1622, asesinado por alguien que se pierde en la oscuridad de la noche. Lo cual me trae a hablarles de una última palabra —les aseguro que ya es la última—, tal vez la que más me ha dado que pensar de las 117 de la lista.

La voz *penumbra* se documenta por primera vez en el *Compendio Matemático* de Tosca en 1708, no es para Autoridades otra cosa que un tecnicismo físico, y para Terreros es ya vocablo corriente que designa “aquella sombra que participa alguna porción de luz”. Añade el jesuita que le dan como etimología el lat. *PENUMBRA*, pero que él no halla esa voz en la buena latinidad. En realidad es una creación cultista, un compuesto moderno de dos voces latinas: *PAENE* ‘casi’ y *UMBRA* ‘sombra’. Hasta aquí todo está claro, pero la pregunta que uno inmediatamente se hace es la siguiente: Y antes de crearse esta palabra, antes del siglo XVIII, ¿cómo se designaba la casi sombra, la semioscuridad? Entonces se encuentra uno, a vueltas con los diccionarios y los textos, que no se designaba, lo cual para un lingüista quiere decir que no se distinguía. En los siglos medievales, en el siglo XVI, en el siglo XVII, sólo había *luz* o *tiniebla*, sin gradación intermedia. El término *escuridad* no es un grado sino un sinónimo de *tiniebla*: “Falta absoluta de luz y claridad”, definen los diccionarios; “las tinieblas y escuridad de la media noche”, se lee con frecuencia en nuestros clásicos. En cualquier manual de Lingüística se nos dice, por

ejemplo, que cada persona distingue tantos colores como nombres tenga en su lengua para dividir el espectro cromático. Si en un determinado sistema lingüístico existen tan sólo tres nombres de colores, sus hablantes serán incapaces de distinguir visualmente más; si en tal otro sólo hay dos, uno para tonalidades claras, otro para tonalidades oscuras, sus hablantes serán completamente ciegos para el color. En una lengua que sólo distinga entre *frío* o *caliente*, lo tibio no es que no se nombre, es que no existe sensorialmente para aquellas gentes. Ahora bien, estas referencias, estas curiosidades del lenguaje, se localizan siempre en lenguas indígenas africanas o de los indios americanos.

Sin embargo creo lícito suponer que con respecto a la oposición *luz/oscuridad* pasara algo semejante en el español de otro tiempo. ¿Qué es lo que nos resulta más inverosímil y, por otra parte, se nos ofrece más constantemente en las tramas narrativas y teatrales del Siglo de Oro? Sin duda esas reuniones, esos encuentros nocturnos en los que nadie se reconoce. Tal galán corteja a una dama, se aproxima de noche a su reja, cree estar con ella y resulta que no, que era su prima o una criada. Tal marido cree estar corriendo una emocionante aventura, y la moza que supone estar abrazando en aquel apartado rincón del huerto es quizás su propia mujer. ¿Cómo es posible esta insistencia en sucesos tan increíbles e inverosímiles, que aparecen en obras por lo demás bastante realistas? Son recursos teatrales, convenciones narrativas, se nos explica. Pero ¿no será más bien que el hombre de aquellos siglos se sentía realmente ciego en la casi oscuridad, sin palabra a la que asirse?

El hallazgo de *penumbra* viene así a resultarnos francamente iluminador. He aquí, pues, que entre las aportaciones del Siglo de las Luces tendremos que considerar

sustancial la de la voz y el concepto de *penumbra*. A esa media luz se pueden distinguir muchas cosas, aunque sea borrosamente (*borroso*, otra palabra de nuestra lista) y deshacer bastantes confusiones y posibles engaños. Eso está claro. Pero está claro en penumbra.

En la lejana noche de los tiempos, los sabios hindúes que empezaron a ocuparse del lenguaje, lo explicaron mediante la siguiente alegoría: La voz humana es una vaca, el toro que la fecunda es el aliento y el becerro en ella engendrado el pensamiento³. Aunque esa alegoría tendría para ellos connotaciones sagradas y para nosotros sólo las tiene ganaderas, no dice nada que la traigamos ahora aquí, porque mi intención ha sido más bien la de contar y seleccionar rebaños que la de postrarme ante las vacas sagradas, y —aunque no sé si lo he logrado— he pretendido conceder más importancia al cómputo que al cuento. Me sentiría satisfecho si estas cifras, si estas enumeraciones, si este análisis genético a que hemos sometido el becerro del español contemporáneo, les ha servido, finalmente, para ampliar en algún sentido o perfilar en otros el conocimiento —que en esta Cátedra se cultiva— del poderoso aliento dieciochesco que lo fecundó.

en un comentario al
en su sección sema-